

# Las modas intelectuales.

## Apuntes para una historia de las ideas en América Latina

MARTIN TRAINER

### 1 Introducción

Atracción y rechazo de bienes culturales ajenos representan los momentos opuestos y complementarios que impulsan la historia de toda civilización. El progreso histórico se asemeja a un complejo juego de fascinación y búsqueda, aprensión y temor entre los espacios de diversidad cultural, étnica y social. La tensión entre la necesidad de identidad y la conciencia de la alteridad es inherente al género humano. Si la historiografía cultural, la antropología o la filosofía de la historia fueron originalmente presas de un etnocentrismo congénito; a más tardar desde el relativismo cultural quedó claro que la visión del 'otro' no es menos productiva en ese proceso de transformación cultural. No sólo quien influye, sino también quien recibe escribe la historia. Los grados de violencia acarreados, la profundidad de los cambios producidos, o la impermeabilidad de determinadas tradiciones constituyen en cada caso capítulos largamente analizados por todas las ciencias humanas y sociales. El estudio de recepciones o influencias ocupa en ellas entre tanto un lugar de privilegio. Este interés vale igualmente para el fenómeno de la moda, que ha despertado la atención de diversas disciplinas desde la sociología y la psicología hasta la crítica literaria, pasando por las distintas formas de crítica cultural. En casi todos los casos es perceptible sin embargo una generalizada valorización negativa de la moda, como si se tratara de un género menor o perversión de la cultura. No deja de ser llamativo no obstante que una situación tan extensa, común y corriente como la rápida divulgación de ideas o formas culturales, que ocasionalmente incluso ha dado lugar a que se hable de 'contagio', y que de nuestros días marca con seguridad la forma de correspondencia espiritual más extensa entre grupos sociales diversos y en todos los rincones del planeta, no se le conceda la dignidad que merece.

Antes de buscar una explicación a esta deuda teórica, desearía apuntar hacia otro aspecto descuidado. La tentación por decretar el fin de la historia es un motivo que notoriamente persigue a la especulación humana desde siempre. En la cultura occidental expresa una figura estilizada por poco menos que toda la metafísica, y con seguridad desde el romanticismo alemán una de las preocupaciones centrales de la filosofía. Si la crítica postmoderna la había casi confinado al ridículo, el debate sobre la globalización la ha actualizado una vez más. Aún

cuando todo corra más a cuenta de dramaturgos de escenarios fantásticos que de analistas empíricos, el nuevo estadio histórico aparece caracterizado no sólo por la definitiva unificación del mercado mundial, y la inexorable degradación simbólica del estado, sino sobre todo por la desterritorialización de la nación, y con ella por la completa homogenización cultural a nivel planetario. Justamente en la violencia de los fundamentalismos, en las desesperadas reacciones autóctonas y chauvinistas, y en las crecientes fricciones étnicas se leería la fuerza del impulso nivelador de la globalización. Conforme a esa descripción, las diversidades culturales se conservarían como variedades de un producto de escaso valor de cambio. La moda ha quedado en ese contexto cruzada por las lógicas de destemporalización de la historia y de desfronterización de las culturas. El resultado paradójico de este 'todo vale' es que ya no hay modas, porque todo es moda. La globalización ha actualizado un principio en el fondo inherente a la esencia de la moda: individuación y colectivización como momentos opuestos pero complementarios. Curioso resulta también en este sentido, cuán poco se ha detenido la crítica en la observación de las consecuencias de esta completa 'modización' de la cultura para una historia de las ideas.

Intercambio, influencia, recepción son fenómenos que se despliegan en distintos planos sociales, obedeciendo en cada caso a mecanismos de circulación propios. En las inclinaciones de las élites intelectuales por apropiarse o erradicar bienes ajenos se dibujan los rasgos típicos de la historia espiritual de una cultura. De poseer algún significado, la categoría de globalización serviría en este caso para indicar el grado de avance tecnológico, que ha transformado las reglas de comunicación a nivel planetario, y que ha desatado con ello substanciales cambios en los canales de influencia y defensa intelectuales. La explosión telemática y la consiguiente virtualización de la academia cuentan entre los efectos paralelos de este fenómeno: el estrecho vínculo entre estado nacional e institución educativa ha caído en la misma dinámica de unificación y descentralización simultánea. En ese contexto las reglas de cooperación de las élites culturales con los sistemas de integración social y cultural han debido redefinirse siguiendo los mecanismos de asignación de beneficios dictados por el mercado universalizante. Todo indica también que con este desplazamiento se han alterado simultáneamente los mecanismos de producción y consumo de saber, y con ello las formas de evolución de los 'paradigmas' científicos. Las 'rebeldías' teóricas se asemejan más a las fluctuaciones propias de la moda que a las revoluciones científicas originalmente descritas por Th. Kuhn en su célebre ensayo. Lo cual no indica que no haya cambio y evolución. En las líneas que siguen intentaré primero arrojar una mirada sobre el concepto de modas intelectuales, y luego dar cuenta al menos parcialmente de los procesos de circulación de ideas en América Latina.

## 2 La moda, una superficialidad esencial

En sus reflexiones pioneras sobre la moda, Simmel se desplaza para explicar el fenómeno a un espacio impreciso de observaciones psicológicas y sociológicas, destacando sobre todo su carácter frágil y transitorio. La moda se le presenta como aquel "compromiso entre una tendencia hacia la igualización social y otra de búsqueda por las diferencias individuales". Como tal se trataría de un producto al tiempo individual y grupal, y por ello mismo indefinido:

<sup>1</sup> Simmel 1992:105.

la moda no conoce un punto de estabilidad, mas un permanente devenir. Simmel omite expresamente una especulación histórico-filosófica, recurre probablemente a pesar suyo sin embargo a una figura hegeliana para explicar la esencia de la moda, argumentando que en su momento culminante se haya contenido en ella ya el germen de su ocaso. La promesa de vida eterna elevada por la moda se conquista a precio de la exaltación de lo efímero. En un razonamiento de corte positivista entiende aquel antagonismo que constituye tanto a la sociedad como totalidad y a la personalidad como su pieza elemental, en tanto que suma de una forma 'biológica' fundamental que aspira a la copia, y otra artificial que se inclina a la diferencia. Desde el punto de vista de una psicología del individuo, la moda revela una personalidad simultáneamente ansiosa de soberanía, pero de profunda dependencia grupal. Mientras que en su proyección sociológica ese rasgo se realiza en aquellos sectores sociales que muestran históricamente una propensión natural por la imitación y la búsqueda de propia identidad: la 'clase media'. Esta es quien precisamente, destacándose del conservadurismo de los sectores altos y bajos, muestra el mayor dinamismo e interés por la novedad estética. La clase media es el verdadero destinatario de la moda.

En un trabajo sumamente rico en observaciones y sugerencias, René König ofreció varios años después de aquel ensayo pionero de Simmel uno de los estudios más amplios sobre la moda. Entre los aspectos más destacables de su ensayo cuenta la consecuencia con la que señala el carácter profundamente contradictorio y ambivalente de la moda. Si por un lado es rebeldía, por el otro es sometimiento; si es transgresión no es menos integración; si es diversidad, es uniformidad; significa cambio, supone eterna repetición de lo mismo; si es diversidad, es uniformidad; si es ruptura, es continuidad; si parece espontaneidad, es en el fondo actualización de reglas sociales; o disconformidad que es conformismo; olvido que es recuerdo; libertad que es tiranía; exteriorización que es ocultamiento; en una palabra, pocas instituciones sociales logran cumplir tan exitosamente tantas funciones sociales de socialización y realización individual como la moda. König destaca una y otra vez la esencia social de la moda, que supone la existencia de un espacio público, de códigos de comunicación e intercambio, de horizontes comunes de expectativas, esto es, de una sociedad organizada comunitariamente con reglas de presentación pública y de autonomía privada. Todo lo cual a su turno se desenvuelve en los términos políticos de la sociedad: la moda puede ser tanto expresión de poder, como crítica del poder; tanto apogeo como decadencia política. König alude también a ciertos mecanismos psicológicos sobre los que se edifica la moda, en tanto que código para intercambiar deseos y repulsiones eróticas: entre otros vergüenza, envidia, y prestigio. A estas consideraciones las enmarca en un cuadro histórico, según el cual la moda — al menos por lo que vale para el proceso civilizatorio de occidente — habría transitado cuatro grandes fases, marcadas de alguna manera por la paulatina inclusión de los sectores sociales en línea descendente, y de la mujer. En el extremo de la historia de la moda, signada por la continua masificación y feminización de la estética pública, desemboca el desenfreno postmoderno: la indistinción de clases y sexos. Todo es lo mismo. Ya no hay fronteras entre la moda y la anti-moda, entre el esnobismo y el clasicismo.

Eso no habría impedido que, con la creciente diferenciación social en las sociedades de alta complejidad, la moda entrara en un proceso de continua autonomización. Una evolución que ha tenido lugar en estrecha relación con las reglas del mercado, y los contextos histórico-culturales, constituyendo sin embargo lentamente verdaderos sistemas de funcionamiento propio. Si la moda en su origen suponía una difusión más o menos espontánea de una novedad

estética dentro de la sociedad, resultante de algún espíritu creativo: en el presente también en ese espacio se han ido especificando las funciones al punto de establecer con toda nitidez al 'creador' o 'diseñador', a los productores, distribuidores y consumidores. Todos a su turno conscientes de su inscripción en el circuito de la moda, que dicta así las reglas de lo que debe entenderse como 'novedad'. Prestándose dócilmente a modelos constructivistas, la moda se deja concebir como una 'segunda realidad', que invierte el orden de percepción primaria del mundo. Lo cual no le resta autenticidad, pero demuestra que su temperamento innovador reside en un impulso esencialmente aparente – aún cuando éste pueda luego desatar cambios culturales profundos. El 'creador' no es el revolucionario excéntrico, sino su parodia. Por ello mismo él es el verdadero artífice del cambio social en la cultura postmoderna.

Desde luego que esta enumeración ligera de las características de la moda traiciona el esfuerzo intelectual ajeno. No cabe duda que como institución social abre un abanico de cuestiones que requeriría un tratamiento mucho más detallado del que ofrecen estas líneas. Detrás de su concepto se encierran por ejemplo los de cambio y continuidad, o los de copia e innovación, que se inscriben a su turno en redes teóricas sobre las cuales aquí no se puede ni siquiera notificar su existencia. König insiste en que la moda no es un fenómeno que se restrinja a la vestimenta o a la estética pública. Se trata de uno de los rasgos esenciales de la condición humana. Aún cuando todavía hoy, y no sólo en prejuicios colectivos, la moda valga como una pérdida de autenticidad cultural, de coquetería superflua. Él afirma que en realidad toda civilización, también las real-socialistas o las del denominado Tercer Mundo, y desde todo tiempo la humanidad, no conoce otra forma de actualización de gustos y normas que no sea a través de la moda. Curiosamente sin embargo König no presta mayor atención a las formas y códigos por los que circulan concepciones teóricas, corrientes espirituales e ideologías. Es un punto que, como Simmel y la mayor parte de quienes se han ocupado del tema, pasan por arriba. Es un descuido llamativo, pues como los ensayos lo muestran, de existir un sector social propenso a una renovación constante de los escenarios de presentación pública de saberes y valores, son las élites intelectuales. La sospecha que alimenta estas reflexiones parte justamente de la observación que la historia intelectual de una cultura no sólo está trazada por espíritus trascendentes o 'paradigmas' formados y 'revolucionables', sino que se trata más bien de procesos de variación formal, de atracciones y rechazos episódicos, de mera inquietud estética; en una palabra de procesos sujetos a lo que aquí designaría como 'modas intelectuales'.

### 3 Saber y coquetería

La refundación filosófica de la hermenéutica iniciada por Gadamer, y el aprovechamiento crítico que abrió en la estética de la recepción han ofrecido líneas de reflexión nuevas para comprender los fenómenos de influencia y cambio culturales. Quien se haya ocupado del tema podrá constatar sin embargo que una de las dificultades mayores reside en la escasa nitidez con la que se definen los límites de ese proceso: ¿dónde y cómo se puede determinar una influencia o un cambio? La incertidumbre comienza no sólo en el hecho de que los concernidos en el proceso son los peores testigos, sino que el observador debe atribuir direcciones de causalidad a mecanismos por naturaleza contingentes. Desde luego que se podrían citar numerosos ejemplos en los cuales el dictado más o menos imperativo, la imposición obligatoria o sutil no dejan lugar a dudas que se trata de manifiestas influencias

o – si se prefiere – de 'recepciones'. Con ello no se resuelve tampoco empero el problema de la 'identidad' de la cultura en cuestión. Así por ejemplo los cambios operados en una cultura pueden obedecer antes a una lógica propia de evolución interna, que a una influencia exógena. No mucho más próspero parece el camino que le espera a quien crea en un programa de sociología aplicada, pues tan sólo la modelación de indicadores empíricos que permitan medir cambios o continuidades presenta por lo general más problemas que soluciones potenciales.

El mayor grado de diferenciación alcanzado por la moda en tanto que institución – en sentido sistémico – se expone sin dudas en la vestimenta. Se trata como es obvio de su espacio por excelencia. En ella se desenvuelven cada vez con mayor complejidad todos los momentos que la constituyen como rito social: galería, vitrina, desfile, revista, diseñador, expectador. La codificación propia del mercado capitalista – con su creciente nivel de exigencia, conforme a las reglas de circulación mercantil – le ha ido agregando especificaciones cada vez más refinadas: temporadas, grupos étnicos, círculos, clases y funciones sociales. En ese contexto se actualizan jerarquías y niveles de orden. La moda escande también en su lenguaje la enorme de sanción, inclusión o exclusión social. Que en la sociedad contemporánea la moda, concentración de capital determine también las capacidades de sanción y ejecución de la moda, está fuera de cuestión. Aún cuando una gran empresa multinacional se vea por momentos sorprendida por la emergencia de modas fuera de su área de influencia, dispone a pesar de ello de los recursos para recuperar los espacios de control perdidos. La moda posee con todo reglas propias. La imponderabilidad pertenece a su esencia. En su naturaleza, la moda sigue siempre al juicio estético. Al punto que la movilidad peculiar de la moda banaliza la distinción entre influencia y recepción. Esto es, resulta difícil discernir si la moda proviene de la producción o del consumo.

Uno de los puntos de acuerdo alcanzado en el debate epistemológico entre los defensores de la teoría de los paradigmas de Kuhn y los racionalistas críticos fue que la evolución del saber paradójicamente no sigue reglas racionales. La imagen de la historia científica como la de una evolución acumulativa ascendente fue revisada en favor de otra según la cual el 'progreso' del saber es un camino sinuoso sin ninguna clase de coherencia interior. Éxito y ocaso de las teorías no responden a ninguna lógica obligatoria. No sin acierto se puede criticar a Kuhn que terminó desplazando la discusión sobre la validación del conocimiento científico a una sociología del conocimiento. Ese cambio de rumbo ofreció sin embargo nuevos elementos para comprender la dinámica con la que funcionan los grupos portadores del saber. En sus sugerentes descripciones sobre la irrupción, difusión y caída de los paradigmas Kuhn no se detiene demasiado en el análisis de los mecanismos, reglas y formas por los cuales circula el saber. El ensayo observa hasta qué punto curiosidad, sorpresa, o desconfianza denuncian siempre una tensión entre la capacidad de respuesta del paradigma vigente y las demandas adicionales del horizonte de expectativas. Es en esa zona indefinida de la racionalidad, antes que en la fuerza del nuevo paradigma, donde reside el verdadero motor 'revolucionario' del saber. El estudio revitalizó con ello un topos clásico, según el cual la curiosidad – en sentido intelectual y erótico – es a la vez la madre de la sabiduría y del pecado.

Es curioso que en éste como en los trabajos que le sucedieron, la contribución de la 'coquetería' quedara notablemente velada. Si no me equivoco ese relativo desprestigio al que ha sido sometida la moda, como si se tratara de una institución social superflua y efímera, ha impedido también con ello que se preste la debida atención a otro fenómeno mucho más divulgado y relevante de lo que normalmente se supone. Me refiero a lo que he calificado

antes como 'moda intelectual', entendiéndolo por tal un mecanismo de comunicación y selección de ideas al interior de los grupos intelectuales de una cultura. Conforme a esa ambivalencia natural antes apuntada, la moda intelectual trabaja también simultáneamente como propulsor y como reactor del patrimonio cultural. Por un lado denuncia una debilidad dentro del conjunto de valores reconocidos, pero por otro en su carácter descomprometido inmuniza también a la propia cultura frente a las nuevas patologías externas. Se trata de un dilema del que no siempre pueden escapar las mismas teorías de la vanguardia, no sólo por el 'aburguesamiento' natural en el que caen los grupos renovadores una vez consumado el cambio por ellos impulsado, sino también por el hecho de que la lucha misma por el cambio impermeabiliza a la sociedad de las tormentas intelectuales. Así la moda intelectual es en esencia vanguardista, pero no por ello revolucionaria, sino precisamente lo contrario.

Como antes resumido, la sociología ha visto en la moda un recurso más o menos normado de adaptación, que parece particularmente predilecto por los sectores sociales intermedios. Desde Simmel vale la observación que paradójicamente son justamente las clases más altas y las más bajas las más hostiles a los cambios de moda. Las primeras no sólo en virtud de su conservadurismo natural, sino como protección del patrimonio, y como cláusula de exclusión de pretendientes; mientras que también las clases bajas – en este caso – por sus exiguos ingresos y su inmovilidad cultural muestran escaso interés por las modas. Las clases medias en cambio, para diferenciarse hacia abajo, anuncian sus aspiraciones de ascenso u ostentación de conquistas logradas sumamente sensibles a la dinámica de la moda. Que la sociedad actual ha desdibujado esa tripartición social, y que la expansión mediática moderna ha generalizado conductas a todos los niveles, pueden ser motivos que pongan en duda aquella afirmación. En cualquier caso, si una caracterización semejante posee un mínimo de asidero, se la podría transferir a las formas de reproducción del saber en la sociedad, para diferenciar entre una 'oligarquía intelectual' y el vulgo, definiendo en ese contexto al 'campo intelectual' en un sentido amplio como un espacio informe constituido por grupos socializados en niveles terciarios de educación, consumidores de bienes culturales masivos, pero también con un cierto grado de selección estética. De manera análoga a la moda del vestir – para tomar sólo un ejemplo – frente al cambio cultural optan 'oligarquía intelectual' y 'vulgo' por una reacción defensiva, mientras que los sectores intermedios por el contrario no sólo son por lo común los que ocupan los espacios de comunicación de masas y de difusión del saber, sino que son simultáneamente los más permeables a las 'novedades' y operan como mediación entre ambos extremos sociales. Mientras que, a pesar de la enorme distancia entre sí, la élite y el vulgo tienden a conservar el acervo cultural, antes que a transformarlo, el parvenu intelectual emergente de los sectores medios es naturalmente un factor de cambio y avance.

Es de observar en este respecto asimismo que si bien las modas intelectuales no son – como ocurre en el caso de las prendas de vestir – resultado de 'diseños' de 'temporada', ni que se pueda hablar de los impulsos teóricos como 'creaciones', a pesar de que se haya desarrollado en esa dirección una verdadera industria en las últimas décadas; las analogías en las formas de circulación de una y otra son notables, sobre todo merced al tipo de consumo. Va de suyo que un ensayo teórico innovador no se concibe a sí mismo como una 'creación' para una nueva moda, su difusión sin embargo – y no sólo dentro de la 'comunidad científica' – parece responder más a aquella lógica de la 'moda', que a los ciclos paradigmáticos de Kuhn. Baste recordar algunos de los temas dominantes en los últimos años para constatar la notoria semejanza de las oscilaciones teóricas con las modas del vestir, para mencionar sólo algunas:

las teorías estructuralistas, las 'teorías críticas', las teorías de la postmodernidad con su parafernalia, deconstructivismo y constructivismo, y las teorías de la globalización. En todos los casos se podrían mencionar desde los textos pioneros, los introductorios, pasando por los clásicos del tema, para llegar a las exageraciones rayanas con la burla.

No viene al caso aquí detenerse en el curioso recorrido que un término como el de 'mejor vendido' (best-seller), de notoria procedencia mercantil, pudo imponerse en el lenguaje corriente como categoría que designa una excelencia literaria. La crítica choca en ese caso indefectiblemente frente a un dilema. O bien niega de plano la imposición comercial de una obra literaria, corriendo el riesgo con ello de perder de vista la verdadera realidad cultural de la sociedad. O bien se hace eco pasivo de los mecanismos de control de la opinión pública a través de políticas editoriales y estrategias del mercado, cediendo con eso su carácter crítico. Es en ese dilema que se inserta la moda intelectual, y por cierto como una peligrosa arma de doble filo. Ella es capaz de coquetear con el 'más vendido', su fidelidad teórica es empero nula. Una inestabilidad afectiva que favorece sin embargo el movimiento – siguiendo el sentido de la metáfora física – de 'corrientes' espirituales. En su interior se condensan así una fuerza transgresora por un lado, con una de trivialización de la crítica por el otro. La sociología ha demostrado, como antes expuesto, que la moda no es una especificidad histórica, sino una parte constitutiva de la condición humana. Se trata con todo de una forma de organización social que lanzó su esplendor con la modernidad. La vida urbana, la producción masiva de bienes de consumo, las enormes transformaciones en las relaciones intergeneracionales, y la explosión educativa dieron rienda suelta a la circulación vertiginosa de ideas y valores.

#### 4 América Latina, una pasión moderna

La fastidiosa indistinción de los límites con la que se confronta el análisis del cambio cultural ha favorecido una tendencia a la flexibilización de las periodizaciones históricas. Braudel, como rescata König, ha contribuido para una teoría de la moda tripartiendo el tiempo de modo que se pueda diferenciar entre cambios de largo, mediano y corto aliento. Se trata de una enmienda historiográfica por lo demás necesaria para las ciencias sociales, en particular para una sociología de la moda, que de esa manera puede dar cuenta por ejemplo de casos como la recepción del pantalón en la indumentaria femenina, que podría entenderse como una revolución epocal, con una larga fase de preparación con altibajos, y marcada luego por una serie ininterrumpida de actualizaciones expresada en los cortes de 'temporada'. Es difícil inclinarse por el veredicto que designa como 'moda' sólo a este último proceso, puesto que así como algunas son de lentísimo ritmo; otras se caracterizan por la súbita presencia y desaparición. Y en cada caso, los residuos posteriores difieren mucho entre sí, y responden a innumerables variables.

En el caso latinoamericano, la historiografía de las ideas ha tendido de modo pasivo o bien a retomar las periodizaciones concebidas originalmente para el viejo mundo, o bien a pensar la evolución espiritual del continente en los términos formulados por la historia social-política. No pocos autores recurren a una acritica enumeración de corrientes intelectuales sucedidas en un continuo temporal, suponiendo con ello una explicación. Algunas interpretaciones se han atrevido aquí y allá a trazar lugares comunes entre los pulsos espirituales y los cambios estructurales. Una búsqueda que no únicamente ha abierto más preguntas que ofrecido respuestas, sino que no logra apartarse debidamente de un ingenuo materialismo que pretende



establecer vínculos causales entre los procesos socio-económicos y la evolución cultural. La historia de la literatura ofrece con seguridad, a pesar de sus límites, la mejor plataforma para concebir el desarrollo espiritual del continente. Sobre todo en virtud de la función social de relevancia desempeñada por la literatura a lo largo de su historia. También aquí podría resultar muy provechoso trabajar con una metodología historiográfica flexible, que permita incluir las variables de cambio y continuidad en un mismo análisis.

De modo tal vez abusivamente general mi tesis es que uno de los aspectos constitutivos de la historia cultural latinoamericana es su decidido impulso modernizante. Desde luego que no se pueden ignorar sus fuerzas conservadoras. Cabe añadir sin embargo que tales tendencias no sólo son inmanentes a toda cultura, sino que en América Latina el autoritarismo político – proyectado irónicamente en muchos casos en doctrinas de ‘seguridad nacional’ – cumplía la función de garantía de los procesos de modernización acelerada, y no de conservación. Distintivo del proceso cultural latinoamericano – descrito de manera indiferenciada – es por eso su anhelo moderno. Corrientes literarias y estéticas, ideologías políticas y visiones sociales parecen haber estado marcadas por una desesperada búsqueda por la modernidad. Como una carrera por recuperar tiempos y espacios perdidos luego de una fractura original. Unas tras otras, resultantes de una percepción primaria de la propia historia como atraso crónico. La génesis cultural de América Latina se presenta así como un movimiento unitario en dos pasos; uno de búsqueda e ingreso en la modernidad, seguido de otro, de salida y ruptura. De modo ideal el primero encontró una primera síntesis en el modernismo; el segundo en su continuación natural, el postmodernismo. No es casual que el término mismo ‘postmodernismo’ – si bien con un significado diferente al otorgado luego por Lyotard, y la discusión que le siguió – fue introducido originalmente por la crítica literaria latinoamericana. Si el modernismo asumió el anhelo renovador del romanticismo, las corrientes que lo siguieron con todas sus proclamas y manifiestos no hicieron más que desarrollar cada vez más ese espíritu. Con ello se produjo en América Latina una situación tan propia como paradójica: las ‘vanguardias’ en el fondo sólo reprodujeron la ‘tradicción de ruptura’. No innovaron. Continuaron esa ansiedad por lo novedoso. Precisamente por ello el ‘post’-modernismo latinoamericano no ha sido más que una radicalización modernista del modernismo, y así también, su fractura y continuación. Es desde esa perspectiva que me atrevo a sugerir que la conducta de las vanguardias latinoamericanas parece haber estado marcada por la dinámica propia de la moda antes apuntada.

Admitiendo el riesgo que esta afirmación exige, agregaría todavía una observación más o menos trivial. Aquel espíritu de simultánea exaltación y crítica de la modernidad, se tradujo en América Latina dentro del movimiento modernista-postmodernista con una elasticidad peculiar, abrigando a la vez dos tendencias opuestas en su interior, que marcaron el ritmo cultural del nuevo mundo: nacionalismo y europeísmo. En un caso, como una fuerza centrípeta de búsqueda de identidad ‘hacia adentro’; en otro, como una centrífuga que dirige su mirada ‘hacia afuera’. Más allá del balance que se pueda extraer de ese movimiento pendular, uno de los resultados más notorios es la inversión de los roles que con frecuencia produjo: quienes creían descubrir la propia identidad, reproducían valores ajenos; mientras que quienes suponían importar ideas modernas de Europa, las deformaban irremediabilmente. De esas mezclas surgieron también algunos productos latinoamericanos de exportación tales como el ‘boom’ literario, las teologías de la liberación o las teorías de la dependencia, que lograron desatar verdaderas modas en Europa y América del Norte.

No cabe duda que el contexto histórico de consolidación del estado moderno y de irrupción de la sociedad de masas encuadraron las condiciones de surgimiento del modernismo, y tras él, las ‘vanguardias’. Como corriente espiritual se inscribió sin embargo en un horizonte de expectativas que clava sus raíces en una prehistoria cultural anterior. América Latina nació, – o siguiendo a E. O’Gorman<sup>2</sup> – fue ‘inventada’ bajo el signo de lo ‘nuevo’. En la inestabilidad estética de los (post)-modernismos se leen esa pasión de búsqueda insaciable no menos que la modernidad incompleta resultante de la complejidad de variables reunidas. Este impulso modernista-postmodernista, espejo de la modernidad ‘periférica’, precoz y malograda, organizó la comunicación social como verdaderas modas intelectuales. En expresiones colectivas de rebeldía política o en caminos individuales de búsqueda de la diferencia, los sectores medios definieron los contornos de la estética latinoamericana con una completa infidelidad canónica. Como para el principio rector de la moda, la recuperación del pasado y la construcción del futuro tienen valor únicamente como conquista del presente.

Una reconstrucción sociológico-histórica de las instituciones educativas en América Latina permitiría indiscutiblemente desmenuzar mejor los mecanismos que regularon la alocación de recursos intelectuales en la sociedad del nuevo mundo. La edificación del estado moderno, acompañada por el advenimiento de la ‘sociedad de masas’ trajo consigo cambios estructurales profundos en las formas de producción y consumo de saber. Si las oligarquías – con principios religiosos o laicos – habían monopolizado la enseñanza, a más tardar en el período de entre guerras, la masificación de la educación media y terciaria modificó radicalmente el perfil intelectual y académico latinoamericano. Los sectores medios encontraron en muchos casos, o esperaron hacerlo, invirtiendo para ello sus mayores energías, en la promoción intelectual la llave que abría la puerta al ascenso social. Un terreno que las élites cedían únicamente tras demarcar las zonas reservadas a la nobleza intelectual. El espacio cultural devino en pocas décadas un campo de batalla. Mientras que desde arriba se buscaba ahí la diferenciación de las capas advenedizas; en el mismo terreno se percibía desde abajo por primera vez el sentimiento de identidad nacional y de orgullo por la inclusión individual. No está de más apuntar de paso que el incumplimiento del estado, que a partir de los sesenta fue cada vez más visible, o cada vez mayor la brecha entre sus capacidades y las expectativas abiertas, no se haya podido resolver más que de modo violento. Los movimientos estudiantiles de los sesenta y las formas radicales adoptadas a continuación por un lado, y el autoritarismo militar con su gesto brutal para disciplinar esta desobediencia intelectual y estética por el otro fueron la consecuencia inevitable de esta mudanza acelerada al interior de sociedades desprovistas todavía por su juventud de mecanismos consensuales de asignación de dominios intelectuales.

En el contexto de universidades masivas, limitaciones crecientes en el sostén financiero, y fascinación constante por la novedad, los nuevos grupos intelectuales, que ahora salían a competir el dominio con las élites, impusieron una lógica de comunicación y contacto culturales análogo al que la sociología ha atribuido al fenómeno de la moda. En las revistas de cultura que comenzaron a abundar en esos años, cuya esperanza de vida no difería de las prendas de moda, se testimonió esa lucha por el dictado de normas de valoración intelectual. Una disputa que no sólo se trazó conforme a las ideologías dominantes de la época, y a las tendencias euro- o etnocéntricas en cada caso, sino ante todo por la tensión entre las aspiraciones de los sectores medios emergentes y las clases altas amenazadas y en decadencia. Por supuesto que la extravagancia, el esnobismo y la coquetería no fueron los rasgos únicos ni salientes

<sup>2</sup> O’Gorman 1951.

de la nueva conducta intelectual. Pero la economía de acción siguió inconfundiblemente un lenguaje cifrado en los términos de la moda. Los estudios empíricos disponibles de las décadas pasadas y las investigaciones históricas recientes permiten suponer que estas reflexiones no se apoyan en el vacío. No es mi propósito aquí criticar ese desarrollo ni proponer antídotos en contra de esta debilidad latinoamericana por lo nuevo, sino destacar tan sólo que en ese temperamento infiel y elocuente se puede encontrar también la fuente de su creatividad.

### **Bibliografía:**

- Barthes, Roland (1967): *Système de la mode*. Paris, Du Seuil.
- König, René (1985): *Menschheit auf dem Laufsteg. Die Mode im Zivilisationsprozeß*. München, Hanser.
- Kuhn, Thomas (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago, University of Chicago Press.
- O'Gorman Edmundo (1951): *La idea del descubrimiento de América. Historia de su interpretación y crítica de su fundamento*. México, Universidad Nacional Autónoma.
- Schwarz, Jorge (1991): *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. Madrid, Cátedra.
- Schwarz, Udo (1982): *Das Modische. Zur Struktur sozialen Wandels der Moderne*. Berlin, Duncker und Humblot.
- Simmel, Georg (1895): "Zur Psychologie der Mode. Soziologische Studie". En: Simmel, Georg (1992): *Gesamtausgabe*, Hrsg. Otthein Rammstedt. Bd. 5: *Aufsätze und Abhandlungen 1884-1900*, Hrsg. Heinz-Jürgen Dahme und David P. Frisby. Frankfurt/M. Suhrkamp, S. 105-114.
- Steinmetz, S. Rudolf (1935): *Gesammelte kleinere Schriften zur Ethnologie und Soziologie*, t. 3. Groningen, Noordhoff.